FAUSTINO CORDÓN

Reflexiones biológicas sobre Altamira

Hace un par de años mi atalaya biológica fue sorprendida por una inducción arqueológica llevada a cabo por la profesora Matilde Múzquiz, durante el desarrollo de su tesis doctoral dedicado al estudio, como pintora, del gran techo de la cueva de Altamira. En estos tiempos de especialización resulta anómalo un hallazgo que se produce, precisamente, gracias a que quien lo realiza interpreta datos que no competen a su especialización y que, por ello, son considerados desde un ángulo de información nuevo que resulta notablemente resolutivo. Aparte de su logro principal derivado del análisis del pintor y de su obra, considerándolo como un genuino gran artista en el que hay que distinguir su capacidad creadora, sus recursos técnicos tradicionales y un ambiente cultural capaz de formarlo, acogerlo y disfrutarlo, a la joven pintora se le impuso, por ejemplo, que los huesos largos que se encontraron en el ámbito del gran techo no eran un indicio verosímil de restos de alimento —que parecen incoherentes con el lugar—, sino de la fuente de luz, en cambio, indispensable para contemplar el gran techo de la cueva, obra, para su sensibilidad, de un solo pintor personal y eminente. En efecto, la médula de huesos largos constituye un combustible que proporciona una luz difusa, no fuliginosa y duradera, apropiada para realizar y contemplar las pinturas. Esta libertad de juicio que supone enfocar al pintor del gran techo como a un pintor histórico me llamó la atención —y así lo expuse en este periódico— por confirmar el aserto biológico, ya entrevisto por Darwin, de que la capacidad congénita humana media permanece constante de generación en generación desde que el hombre, guiado por la capacidad de hablar que lo define, desplegó una actividad social lo bastante eficaz para escapar de la presión selectiva del medio animal heredado del homínido y pasó a realizarse en su medio social no selector. Como esta emancipación crucial debió de producirse no hace menos de 50.000 años, los contemporáneos del pintor de Altamira, que vivió hace unos 16.000 años, habían de poseer la misma capacidad congénita nuestra de realizarse como hombres.

JUSTO BARBOZA

Ahora bien, la inmovilización evolutiva de las capacidades congénitas de los hombres a lo largo de las generaciones contrasta con la acelerada evolución del medio social en el que esas capacidades congénitas se han ido actualizando. Planteado en términos más concretos, me parece que si comparamos la actividad de los animales superiores con la humana, aquéllos poseen, a su modo específico, análoga capacidad de tomar noticia de lo que les compete y de decidir pronto y bien la acción conveniente ante toda coyuntura momentánea en que no influyan datos culturales; ahora bien, los animales, en el curso de su vida individual, influyen poco y monótonamente sobre su ambiente individual y no operan sino cuántica (estadísticamente) sobre la lentísima evolución de su medio específico, y que, en cambio, la palabra parezca conferirnos una capacidad potencial —variable según el medio y momento culturales— de actuar con persistencia sobre el ambiente social individual e incluso de hacerlo influyendo más o menos sobre el proceso conjunto de la evolución humana (de hecho, la historia de las diversas facetas de la actividad humana ha de remitirse a la actividad de individuos destacados que resultan de y reflejan la actividad colectiva, que queda en la sombra, lo que deforma, sin duda, nuestra visión del proceso real).

Lo anterior incita a reflexionar sobre la característica del medio social de dar a cada hombre la posibilidad de interiorizar y de contribuir activamente, en diversa medida, a la experiencia colectiva, esto es, a la tradición en sus múltiples manifestciones íntimamente complementarias y que, sólo forzado por las circunstancias del contexto, se diferencia aquí en tradición técnica, tradición artística y tradición conceptual. En efecto, los arqueólogos, por la escasez de datos de otro tipo, han de reducirse al estudio de la tradición técnica primordial, al estudio de útiles que no pueden ser sino datados y correlacionados con restos fósiles del esqueleto de homínidos o, en su caso, de genuinos hombres, a saber, de homínidos hablantes emancipados de la presión selectiva animal. Parece imposible imaginar con certidumbre a qué actividad concreta y de qué modo era aplicado cada útil sin conocer la actividad asociativa de los homínidos y de hombres de los que no quede más rastro que los útiles mismos. Por ello, la tradición artística —de la que una de las primeras manifestaciones señeras es el gran techo de Altamira— aporta una fuente de información adicional; nos pone de manifiesto, con las limitaciones impuestas por la ignorancia de su tradición conceptual, la capacidad creadora de un gran artista, esto es, de alguien que aplica excepcionales facultades congénitas y bien educadas a realizar algo que exige superar dificultades inteligibles y que proporciona, a quien lo contempla, la vivencia del proceso del pleno y sereno éxito, logrado, por lo demás, con recursos técnicos sociales y con posibles aportaciones personales. Matilde Múzquiz analiza certeramente los recursos brindados por la tradición artística de estos hombres (utilización de colorantes inorgánicos naturales suspendidos en agua que se adhieran permanentemente a la piedra rezumante) y las probables aportaciones personales del pintor del gran techo y el modo personal de aplicarlos (reforzar por entalladuras ciertos perfiles, hacer grabados adicionales en algunas partes del animal y, sobre todo, la selección de relieves y grietas apropiados para representar los animales en posturas notables y vivas hecha con una sabiduría que, me dice la doctora Múzquiz, al realizar las reproducciones en un techo artificial hecho a rigurosa escala, se le impone que esta selección del relieve hubo de consumir al pintor más tiempo que la realización de la pintura misma. Al contemplar la réplica sabiéndolo, parece que el pintor se proponía transmutar la roca en piel viva.

Lo notable de la tradición artística es la capacidad de acoger —a veces con lentitud o vacilación iniciales— y de retener tenazmente las obras que resultan de un acto de creación genuina. En un bisonte de Altamira (como en los poemas homéricos) sigue patente para el hombre moderno que lo contempla el objetivo del autor, los recursos de que disponía y el egregio modo de concebir el primero y de aplicar los segundos para obtenerlo. Me parece que el arte genuino permite, por así decirlo, presenciar actos señeros de creación humana *in statu*

Pasa a la **página siguiente**

CARTAS AL DIRECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 30 líneas mecanografiadas.
Es imprescindible que estén firmados,
y que en ellos quede constancia del domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores.
EL PAÍS se reserva el derecho de publicar tales colaboraciones, así como de resumirlas o extractarlas cuando lo considere oportuno.
No se devolverán los originales no solicitados, ni se facilitará información postal o telefónica sobre ellos.

Ética médica

Por alguna razón la sociedad precisa de escándalos para movilizar su opinión. Ha sido preciso que los médicos de un hospital británico no aplicaran un tratamiento a un paciente, aunque sí aplicaron un tratamiento paliativo, para que la opinión publicada se llame escándalo. Y no es que los médicos tomaran esta decisión por un capricho cruel o macabro, sino porque, tras rechazar otras recomendaciones sucesivamente indicadas por los mismos médicos (abandono del tabaquismo importante), el paciente, a juicio de los sanatorios, ya no presentaba las condiciones suficientes para superar un tratamiento con unos riesgos.

El National Health Service británico, por tantas razones similar a nuestro sistema sanitario, especialmente en problemas (limitación de recursos, listas de espera, saturación hospitalaria, etcétera), se ve obligado a establecer una serie de prioridades. Y aquí está el meollo de la cuestión, porque de esas prioridades se van a derivar actitudes hechas por seres humanos, los médicos, respecto a otros seres humanos, los pacientes. La regulación de esta relación entre humanos, siempre difícil —la angustia de enfermar, la urgencia frecuente—, no puede ser regulada más que desde el punto de vista ético.

¿Pero la ética de quién? ¿Acaso los médicos somos los guardianes de la ética, como se pregunta Haro Tecglen? (EL PAÍS, 23 de agosto). La respuesta debe ser clara: la ética, de cuantos más mejor, a fin de evitar actitudes personalistas. No hay otra salida que los Comités de Ética de los hospitales, presentes en el 70% de los centros de EE UU, a pesar de ser de gestión privada, y que los componen médicos de la plantilla, por turno rotativo, con la presencia de un gerente que hace económicamente posibles las decisiones.

Y no es que los médicos queramos un trato especial para poder decidir lo que es o no es ético en nuestro trabajo. Los periodistas, por ejemplo, reclaman —o mejor claman— por autorregularse en sus noticias que afectan a alguien o a muchos en su imagen. Los médicos —que no el sistema sanitario— debemos decidir lo que estamos dispuestos a hacer o no hacer. Es nuestra responsabilidad colegiada, no corporativa.

Los médicos no estamos para dar con nuestro bisturí o nuestra firma aquello que nos pide el paciente. Se imaginan ustedes a un drogadicto solicitando —exigiendo mejor— nuestra firma porque está con el *mono* y no tiene para comprar a los *camellos* y rechazando a continuación la deshabituación? Y el médico obligado a firmar por mor de la opinión de quien a él acude.

Nuestra actividad es la de atender con nuestros conocimientos, reconocidos por la sociedad con la titulación, la enfermedad. Y si nuestros conocimientos nos dicen que en determinadas situaciones (fumador o lo que fuere) el riesgo de un tratamiento es razonablemente superior al beneficio esperado... no lo hacemos. Pídalo quien lo pida. Recuérdese que en la Alemania nazi era el Estado, que accedió al poder democráticamente, quien con leyes perfectamente legítimas trataba de obligar a los médicos a prácticas no éticas... y algunos médicos cayeron en la trampa legal.

En situaciones catastróficas se practica la selección de pacientes, en orden a su viabilidad ante la imposiblidad de atender una afluencia masiva de afectados, y ello no supone el rechazo de nadie, sino simplemente una prioridad imprescindible.

Es preciso formar Comités de Ética en nuestros hospitales, uno a uno, que tracen normas de comportamiento asistencial habituales. Quizá sea que en el National Health Service británico, por su estructura, tan similar a la nuestra, se den demasiadas veces supuestos de catástrofe. ¿Aprenderemos en cabeza ajena?— **Julio Rivera Rocamora.** Cartagena.

Pasa a la **página siguiente**

JOSU MONTALBÁN GOICOECHEA

Los desheredados

Los desheredados son los que han dejado de ser heredados en contra de su voluntad.

Por el mero hecho de serlo, el hombre es poseedor de una serie de características, de bienes raíces, que no deben ser cuestionados por sus semejantes, por más extrañas que dichas características sean, siempre que no supongan un peligro evidente para los demás.

No suponen un peligro las personas de diferente color en la piel, de diferentes facciones, de diferentes lenguas y costumbres, que llegan buscando el alimento que no hallan en sus tierras de origen. No suponen un peligro quienes, por haberse inyectado "entusiasmo" en las venas, han alimentado virus mortales de ese mal llamado sida. No suponen un peligro los hombres que prefieren hacer el amor con los hombres, ni las mujeres que prefieren hacer el amor con las mujeres.

Como el resto de los hombres y mujeres, vieron la luz preñados de esperanzas y desde el primer respiro, sin darse cuenta, se entregaron a la irreparable e irrenunciable tarea de vivir. En la noble obligación de respirar, no cabe tomarse ningún respiro —valga la redundancia—. Sólo cabe seguir a cualquier precio, pero ¿quién fija el precio?

La sociedad (¿soberana?) fija unas normas estrictas de comportamiento de las que quedan exentos los diferentes, los que no se acomodan a la regla y son, por tanto, las excepciones que confirman la regla. Si nos disponemos a precisar hasta el extremo, convendremos en que no es precisamente la sociedad en su conjunto la que fija los comportamientos. Son, en todo caso, determinadas élites, no siempre las más cualificadas, las que determinan lo admisible y lo inadmisible basándose cínicamente en los deseos generalizados de una mayoría social a la que ellos mismos se han encargado de sobrecargar de prejuicios.

En los últimos tiempos, algunos Gobiernos están tomando medidas claramente discriminatorias hacia colectivos y personas por el mero hecho de que sean diferentes. Las restricciones aplicadas, tanto en el número como en las condiciones de entrada, de extranjeros y transeúntes, iniciadas por el Gobierno conservador de Balladur en Francia, o la proposición de Clinton de permitir a los homosexuales pertenecer al Ejército norteamericano siempre que no se pronuncien sobre su condición son dos muestras de cuanto he dicho en el párrafo anterior. No obstante, los ciudadanos de a pie deben tener en cuenta que estas formas de institucionalización o nacionalización de la insolidaridad y los falsos prejuicios responden en gran medida a los propios deseos de las sociedades que se dicen llamar posmodernas.

Las dificultades por las que atraviesan algunas economías, provocadoras de altos porcentajes de desempleo, han sobrevenido en hermetizar las fronteras a las personas, precisamente en una época en que el comercio ha convertido en internacionales y universales los objetos, enseres y artículos de compraventa. Al mismo tiempo, la doble moral que ha vuelto a aparecer de forma evidente en las conservadoras sociedades modernas ha llevado a la postergación y el rechazo de personas por el mero hecho de padecer enfermedades generadas en el propio lecho social, al lado justo del mercantilismo y la miseria. ¿Y qué se puede decir de la hipocresía de quienes rechazan las prácticas diferentes de los homosexuales sino que son ellos los que están absolutamente fuera de lo natural?

Cabría hablar de más grupos sociales inaceptados por diferentes, pero la paradoja más flagrante se produce actualmente con los gitanos. En nuestros tiempos, en que la recesión ideológica ha permitido o es consecuencia (todo puede ser) de la aparición de movimientos nacionalistas que basan sus reivindicaciones en historias, costumbres y culturas, nadie o casi nadie es capaz de entender la reivindicación gitana, basada en una cultura específica, unas costumbres arraigadas y una historia antigua, profunda y enclavada en lo universal.

La sociedad actual precisa emplear algún tiempo en la reflexión. Si de algo se puede tachar a la sociedad es de incongruente. Su definición de los grandes conceptos que han de determinar la convivencia no es todo lo amplia que debiera. La libertad de los ciudadanos se torna, a veces, en libre albedrío por el mero hecho de no asumir los deberes y responsabilidades derivados de la pertenencia al amplio grupo de la humanidad. La solidaridad, ejercida como hábito de conducta, se ha convertido en una práctica caritativa selectiva. La tolerancia hacia los otros se ha ubicado tras un tamiz de condiciones excesivamente riguroso, que los otros deben atravesar. La justicia, apoyada en leyes y, a veces, al margen de ellas, no es más que una ceremonia de entrega de diplomas de mérito o demérito. La sociedad, apoyada en estas entelequias, es un gallinero.

Mucho deben hacer los gobernantes y la sociedad en su conjunto por devolver a los desheredados lo que les fue sustraído al margen de la justicia. Hoy más que nunca hay que hacer realidad el "vive y deja vivir" de los reaccionarios actuales. Si no lo conseguimos, seremos para siempre unos "amenazados" por la propia sociedad a la que pertenecemos, es decir, por nosotros mismos.

Josu Montalbán Goicoechea es diputado foral de Bienestar Social de Bizkaia (PSE-EE).

Reflexiones biológicas sobre Altamira

Viene de la **página anterior**

nascendi. El gran techo en particular puede considerarse para nosotros el arte mismo *in statu nascendi.*

Terminemos señalando que entre las pinturas del gran techo de la cueva de Altamira y los poemas homéricos, tomados como referencia de contraste, hay una diferencia esencial. Las pinturas son uno de los más remotos pero firmes indicios de tradición artística pero que sólo nos impone la existencia de un marco social capaz de coservarlas incontaminadas, sin duda como un valor precioso. Lo mismo hay que decir de los poemas homéricos, tan apreciados por su ámbito cultural, que fueron conservados y difundidos oralmente durante siglos por los aedas que los memorizaban y transferían sin que perdieran su unidad y su frescura originarias. Sólo hay que señalar que, en los poemas, la tradición artística se ofrece basada en el substrato precioso de la tradición conceptual, el idioma, que nos permite no sólo disfrutar, como sus coetáneos, de lo que ellos valoraban al máximo, sino convivir con ellos mediante el lenguaje en que se realizaban los contenidos de sus conciencias humanas, sociales.

Respecto a lo que he llamado la tradición conceptual, pueden apuntarse dos ideas. Una, la de que se ha perdido para siempre el origen de esta tradición que equivale al de la palabra misma que hubo de avanzar con la actividad social que nos define como hombres: el tanteante y tenaz troquelamiento de vocablos designando conceptos abstractos (capaces de aplicarse en toda circunstancia coherente) proceso que equivale al de nuestro genuino origen. Una segunda noción es que esa tradición conceptual de unas decenas de miles de años parece culminar en la también tanteante y tenaz ciencia moderna que, como el prometeico origen de la palabra, no puede realizarse sino por actos de creación genuinos al nivel de abstracción máximo posible en cada momento, pero que —a diferencia de los de la creación artística— son en sí incomunicables como tales, sino que, incorporados más pronto o más tarde al pensamiento común culto, se convierten para el mismo científico en resultado de una creación en medio de realizar una creación nueva.

Faustino Cordón es biólogo.

CARTAS AL DIRECTOR

Viene de la **página anterior**

El pequeño comerciante

A los pequeños comerciantes nos están poniendo verdes por lo de la reglamentación de los días y horarios de apertura. Y esto cuando, por lo que sé, nadie parece dispuesto a permitir que cada cual pueda hacer, pensar y decir cuanto le venga en gana con la única regla de no perjudicar ni molestar a nadie. Perjuicio y molestia que, ya puestos, sería facultad de quien hiciese uso de su derecho de hacer, pensar y decir, determinar cuándo se produce.

Ni que dentro de este orden de cosas se suprima la restricción de implantación de grandes superficies comerciales dentro de núcleos urbanos, prohibir que se venda por debajo del coste o que cualquier empleado acuerde su salario con la empresa, aun por debajo de los mínimos establecidos, y que pueda trabajar cuantas horas le plazca.

Luego el problema no es libertad o supervivencia del pequeño comercio. Ni lo que se plantea es facultar al consumidor a satisfacer una necesidad o capricho en el tiempo, ya que hoy se puede, perfectamente, comprar lo que se quiera y cuando se quiera.

Lo que se está intentando es dotar a la parte más poderosa del sector de la distribución de todos los medios que le permitan, a plazo, implantar un monopolio total.

Esto es lo que se pretende y hay que tratar de impedir que lo consigan por vías distintas a las que el consumo imponga. Para ello es preciso, entre otras cosas, que todo el sector tenga opción a la lucha. La supervivencia del pequeño comercio dependerá, siempre, de su capacidad de adaptación a las reglas que la demanda marque, no a otra cosa.

El consumidor, elemento imperecedero como esencia y razón del mercado, es el más interesado en mantener opciones de elección, ya que el resto de agentes que intervienen en el bazar dependen, siempre que la opción de elección se mantenga, de su dictado.

Ésa es su libertad, mantengámosla intacta.— **Juan Navarro Gómez.** Valencia.

Patético remedio

El editorial de su periódico del jueves 12 de agosto, titulado *Sentido común obrero,* me pareció, para resumirlo en una palabra, patético. Y entre otras muchas razones, principalmente por una: ¿tan pobre ha de ser la función del periodismo en nuestro país, tal y como se refleja en, quizá, el representante más destacado, que es su diario? ¿Debe limitarse a ejercer de caja de resonancia de la sobradísima y anacrónica cantinela que entonan desde siempre y a coro Gobierno y patronal en contra de trabajadores y sindicatos? Quizá el editorialista considere genial e innovador el remedio que ha *descubierto* contra la crisis: claro, por supuesto que si los españoles empeoramos nuestras condiciones de trabajo, empezando por alargar la jornada, los empresarios se sentirán más inclinados a colocar aquí sus inversiones... Yo le propongo que solicite a sus superiores una semana o, incluso, un mes extra de vacaciones para compensar el agotamiento que le habrá ocasionado llegar a tan *original* conclusión. Menos mal que no ha dejado expansionar más sus elucubraciones mentales, porque le podían haber llevado a otras soluciones igual de *modernas,* como la desaparición del permiso de maternidad o legalizando el inicio de la vida laboral a los 14 años —no debe ser tan aberrante si lo han hecho nuestros vecinos portugueses—, o, ¿por qué no?, trabajando los fines de semana: ¿acaso vamos a ser tan egoístas de preferir descansar y estar con nuestra familia antes que sacrificarnos abnegadamente para acabar de enamorar a los —ya se sabe, siempre tan difíciles de seducir— empresarios? Claro, ellos no deben entender esas *exigencias absurdas* que les plantean los trabajadores y sindicatos, tantas vacaciones y tiempo libre...; total, ¿para qué lo queremos, si no nos hemos de ir de viaje al Caribe o a la Polinesia, como hacen ellos?... Porque si es para ir al pueblo de Segovia, qué vulgaridad...

La única duda que se me plantea en medio de este haz de ideas luminosas es esta: si aumenta la jornada, se reducen las vacaciones, se retrasa la jubilación, trabajan los menores, etcétera, etcétera, ¿qué puñetera falta va a hacer emplear a los tres millones y pico de parados, por mucho empresario que venga alucinado por las tercermundistas condiciones laborales?— **Neus Jaumot Serra.** Barcelona.

Honorable Karadzic

Parece que finalmente la sinrazón, la hipocresía y la desvergüenza ganarán la batalla en el territorio de la antigua Yugoslavia. Pronto veremos al *honorable* Radovan Karadzic siendo recibido por los primeros ministro de los países europeos, o participando en algún foro internacional. Desde esta sensación de impotencia exigimos a nuestro Gobierno que inste a las Naciones Unidas la creación de un tribunal internacional que juzgue y condene a los causantes de las atroces violaciones de derechos humanos perpetradas en esta República balcánica.— **Juan Francisco González Muñoz** y 23 firmas más. Sevilla.

Fe de errores

Por error se publicó ayer en Vida Social que el escritor y diplomático José María Alonso Gamo, ya fallecido, cumpliría hoy 80 años.